

Mesa redonda
**CRISTIANOS Y PERIODISTAS.
PERIODISTAS Y CRISTIANOS**

Los siguientes textos pertenecen a las intervenciones llevadas a cabo en la mesa redonda en la que se debatió sobre la labor de los comunicadores católicos

**La crisis del periodismo
necesita servidores de la verdad**

*Dr. D. José Francisco Serrano Oceja
Redactor-jefe del semanario "Alfa y Omega"*

No existe el periodismo sin historia, no existe identidad sin historia. La aproximación a los contornos del perfil del periodista de nuestro tiempo sería una arriesgada empresa sin los referentes de un pasado que configura nuestro presente incluso, como afirmó Huizinga, en clave de rendimiento de cuentas.

Permítaseme la mirada de condescendencia a uno de los más grandes sabios de nuestra cultura española contemporánea, olvidado y silenciado por muchos de los intelectuales orgánicos de los nuevos regímenes culturales por la sola razón de su magisterio científico y su permanente confesión de fe católica. Me estoy refiriendo al polígrafo don Marcelino Menéndez y Pelayo, que en su juvenil obra *Historia de los heterodoxos españoles*, escribió de los periodistas palabras cargadas de ácido despecto hacia un deformado ejercicio de nuestra profesión, y que, en nuestro caso, nos sirven de inicial examen de conciencia profesional: *"Desfacedores de supersticiones comenzaban a ser, en tiempo de Montegón, los periodistas, mala y diabólica ralea, nacida para extender por el mundo la ligereza, la vanidad y el falso saber, para agitar estérilmente y con-*

sumir y entontecer a los pueblos, para halagar la pereza y privar a las gentes del racional y libre uso de sus facultades discursivas, para levantar del polvo y servir de escabel a osadas medianías y espíritus de fango, dignos de remover la cloaca”.

Palabras que desvelan el hilo de un desprecio hacia la profesión periodística que, aún hoy, seguimos encontrando en los libros sobre el fenómeno comunicativo. Furio Colombo, dentro de sus *Últimas noticias sobre el periodismo*, insiste en que hay una, cada vez mayor, “crisis de rechazo” hacia la profesión periodística que ha llevado, en Estados Unidos, a la creación de un Comité para la Protección de los Periodistas.

Las sutilezas que Janet Malcom, también periodista, dedica a sus compañeros de profesión son harto elocuentes de lo que significa una actitud de repulsa hacia esta labor social: “Cualquier periodista que no sea tan estúpido o esté tan enamorado de sí mismo que no note lo que está ocurriendo, no puede dejar de saber que practica un oficio inmoral. Actualmente hacer de periodista significa hacer de confidente de alguien, apoyarse en la propia vanidad, ignorancia o soledad, buscar una confianza que no merece, para después estar dispuesto, por profesionalidad, a traicionarla”¹.

Sin embargo, la existencia de una crítica social, incluso interna, a las desviaciones de la profesión periodística es una de las manifestaciones de la, por muchos autores polisémicamente denominada, “Crisis del periodismo”², “Ocaso del periodismo”³ o “Muerte del periodismo”⁴. Tendríamos, más bien, que hablar de una quiebra en los principios que configuran, en la definición del profesor y compañero en batallas periodísticas Gabriel Galdón, esta “*actividad intelectual y moral práctica en la que la prudencia sintetiza, ordena y dirige las acciones directivas, gnoseológicas*

¹ F. Colombo (1997): “Últimas noticias sobre el periodismo. Manual de periodismo internacional”, *Anagrama*, Barcelona, 220.

² D. Wolton (1999): “Sobre la comunicación”, *Acanto Editorial*, Madrid, pp. 218 y ss.

³ J. L. Martínez Albertos (1997): “El ocaso del periodismo”, *CIMS*, Barcelona, 340 pp.

⁴ M. Rivière (1998): “El segundo poder. Cincuenta y cuatro entrevistas sobre los grandes cambios del periodismo actual”, *El País-Aguilar*, Madrid, p. 9 y ss.

y artísticas, y las aptitudes y actitudes que las fundamentan, tendentes a la comunicación adecuada del saber sobre realidades humanas actuales que al público le es necesario y útil para su actuación libre en la sociedad”⁵.

Acción teórica y práctica que se enmarca dentro de un sistema informacional, de conocimiento e información, en el que la producción de los contenidos informativos responde más a criterios extrínsecos que a las pulsiones de una necesidad humana y social, fundamentalmente en los órdenes tecnológico y económico. El periodista o se sumerge en las mareas de lo instantáneo y se convierte en un “instantaneísta”, según la definición de Ignacio Ramonet⁶, en la cadena de las rutinas de producción, o se pasa al campo de los comunicadores globales, de los comunicadores institucionales, de los comunicadores empresariales, antes denominados “Relaciones públicas”, como consecuencia de la industrialización de la información y de la sustitución del paradigma del progreso por el de la comunicación en el ámbito de las organizaciones sociales.

Aunque, como muy bien afirma D. Wolton, de muy poco sirve denunciar las desviaciones de la profesión, que, por otra parte, están al cabo de la calle. La revalorización del periodismo tiene un precio: superar cierta crisis narcisista y entrar de lleno en la lucha de lo que ha significado, parafraseando a Oscar Wilde, el cinismo de nuestra profesión, que se refleja en que conocemos el precio de todas las cosas, de los acontecimientos, de los hechos que nos rodean, pero no conocemos el valor de ninguna. Máxime cuando la nuestra es la profesión de la revelación del significado de lo real, de lo verdadero, de lo bello, de lo bueno. Olegario González de Cardedal escribió, en una deliciosa *Carta a un periodista amigo*, con ocasión del I centenario de la fundación de “El Diario de Ávila”, que “*El periodismo no puede ser la plaza de la trivialización, domesticación y destrucción del hombre. La historia de éste es la epifanía del Eter-*

⁵ G. Galdón López (1999): “Desinformación, Método, Aspectos y Soluciones”, EUNSA, 2ª Ed. Pamplona, p. 244.

⁶ I. Ramonet (1998): “La tiranía de la comunicación”, *Temas de Debate*, Madrid, p. 56.

no, y quien no sabe leer la historia del hombre se queda sin descifrar la revelación de Dios. Tras las columnas de un periódico tienen que resonar los caballos de la historia y los ángeles de la eternidad”⁷.

Herederos del arte de la retórica y de la poética, debemos escuchar aún el canto con el que las Musas iniciaron a Hesíodo en el arte de la poesía, mirando a la *Teogonía*: “Sabemos decir muchas mentiras con apariencia de verdades; y sabemos, cuando queremos, proclamar la verdad”⁸.

O como también ha escrito el investigador francés, anteriormente citado: “Sería una pena, pues se trata de una muy bonita profesión: aprehender día a día el hilo del tiempo, distinguir lo importante de lo secundario, intentar explicarlo a públicos invisibles. Pero hoy es más difícil hacerlo que ayer, a causa de la omnipresencia de la información. Cuanto más fácil técnicamente es hacer la información, más dificultades plantea su contenido. Lo que se gana en facilidad técnica se pierde en significación. Este hecho desestabiliza la actividad periodística, necesariamente artesanal y cuyo sentido sigue siendo poder distinguir día tras día, como espectador de la historia, lo trágico de lo superfluo. El periodista es frágil porque está diariamente expuesto al fuego de la historia y a la mirada del público. Nada sería peor que la lenta degradación de esta función de “vigía de la democracia” en el momento en que triunfan los valores de la información”⁹.

En este novísimo cuaderno de quejas y memorial de agravios tendríamos que añadir una larga lista de inconfesables causas que nos hacen hablar de la crisis del periodismo: la concepción positivista del tratamiento de la información; el efecto indomable de un modelo profesional alejado de la realidad, cargado de tintes espectaculares, impregnado de una fama social, es decir, las “estrellas”, que son más imá-

⁷ O. González de Cardedal: “Carta a un periodista amigo”, en: Comisión Episcopal de MCS-Fundación Ramón Cunill (1993): *Premios Ramón Cunill 1974-1991*, Comisión Episcopal de MCS, Madrid, p. 148.

⁸ Hesíodo (2000): “Obras y Fragmentos”, *Biblioteca Básica Gredos*, Madrid, p. 10.

⁹ D. Wolton (1999): *Opus. Cit.*, p. 220.

genes mitológicas del periodismo que modelos ejemplares de actuación y configuración de las nuevas generaciones; la omnipresente “ideología” de una aparente transparencia e inmediatez en los procesos de producción de la información y en el establecimiento de las jerarquías internas a la hora de la toma de decisiones, y, sobre todo, la sustitución de la “lógica de la verdad” por la “lógica de la actualidad”. El principal agujero negro de la práctica profesional del periodismo es la abdicación del principio de la verdad y una falsa conciencia de una verdad inalcanzable que acarrea tras de sí una serie de leyes tácitas que se asumen acríticamente en la práctica diaria de los comunicadores. De entre esas funestas normas destacamos las siguientes¹⁰:

- Que la verdad no existe, o no se puede alcanzar, o es un *continuum* sin fin, o es un deseo inalcanzable, o una experiencia fugaz de un presente que se acaba en sí mismo o que remite a un eterno retorno en el círculo de su propia dinámica.
- Que la verdad es creada por el pensamiento individual y sólo se encuentra en el sujeto cognoscente; su conocimiento se da en la medida en que éste quiera manifestarla. Se rompe con la referencia a la realidad fuera del sujeto.
- Que no existe un Absoluto, porque no se contempla la hipótesis de lo absoluto en una experiencia relativa, que determine o condicione el origen y el destino. Aquí debiéramos recordar, en el ámbito moral, la frase de Dostoievski: “Si Dios no existe, todo está permitido”.
- Que la realidad pertenece a un gran sujeto impersonal que genera fragmentos o momentos, en permanente evolución, modificaciones de aspectos parciales de esa verdad.

Ante este panorama, y este será uno de los espacios de redención más clarividentes de la vocación cristiana al periodismo, el cardenal Ratzinger nos ofrece el marco de una nueva práctica profesional:

¹⁰ Cfr. G. Galdón (1999): Opus cit., p. 216.

“El periodismo tiene sentido únicamente si es bueno conocer la verdad. Sólo puede ser efectiva profesión si existe una verdad que es buena. En ese caso es justo y necesario ayudar a que se manifieste. La confianza fundamental en la existencia del bien y en la necesidad de contribuir a extenderlo no impide el trabajo del periodista. Es más bien lo único que lo hace posible: debe ser la columna de un auténtico **ethos** periodístico (...). Su fundamento más hondo y su más grande confirmación se halla en la figura de Cristo. Él es el que nos da confianza. Tanto valor tenemos para Dios que Él mismo se hace hombre. El *Ecce homo*, que hoy día se manifiesta por lo general sólo en caricaturas, logra en Él su verdadero sentido. En la actualidad, *Ecce homo* significa por regla general lo siguiente: ahí podéis ver de nuevo a ese sucio ser. Pilato, el escéptico, quería decir también algo semejante. Mas, sin quererlo, descubrió algo muy distinto: el hombre es de un modo tal que la presencia de Dios brilla entre nosotros en este rostro. Así pues, hemos de intentar una y otra vez mirar al hombre, pero no con la mirada de Pilato, sino con la mirada del mismo Jesús. Haciéndolo así servimos a la verdad y a la humanidad, a la naturaleza humana del propio hombre. Necesitamos, sin duda alguna, valor para denunciar abiertamente las irregularidades y para urgir a la mejoría de la situación. En nuestros días necesitamos todavía con más urgencia si cabe el arrojo para hacer visible el bien en el hombre y en el mundo. Sólo así podremos dar valor a los hombres para consigo mismos, para la existencia, sin el que cualquier otro coraje se hunde en el vacío”¹¹.

Hemos vivido tiempos en los que parecía que los cristianos habíamos perdido el sentido de la realidad. El relativismo y las doctrinas nihilistas se habían colado de rondón por entre los poros de la siempre necesaria coherencia entre fe y vida. Perder el sentido de la realidad significaba, en muchos casos, abdicar de los principios de una misión que se explicitaba en la reinstauración del orden de las realidades terrenas en función del orden querido por Dios. La finalidad determina la misión y la misión se

¹¹ I. Card. Ratzinger (1991): *Cooperadores de la verdad*, Madrid, pp. 288-289.

desarrolla en los límites de la naturaleza. Luigi Giussani concluye su libro *La conciencia religiosa en el hombre moderno* con un párrafo muy elocuente: “Cuando uno intuye el hecho cristiano como verdadero, le es necesario, además, el coraje de reconocerlo como posible, a pesar de la imagen negativa que podamos tener alimentada por las mezquinas maneras en que ha sido traducido en la propia vida y en la vida de la sociedad”¹².

Como diría Ortega y Gasset, el hombre tiene una misión de claridad en la Tierra. La profesión periodística debe tener en cuenta esa misión de claridad, a partir de lo que nos dice el Concilio Vaticano II, en la Constitución Dogmática *Gaudium et Spes*: “En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado... Cristo en la misma Revelación del misterio del Padre y de su amor revela plenamente el hombre al propio hombre y le descubre su sublime vocación” (GS 22). Una misión en la que el coraje se traduce en la aceptación de la gracia, acontecimiento de Dios para el hombre, como nos recuerda San Pablo (Cf. Rm. 1, 7; 1 Cor 1, 3). Un acontecimiento que, vivido con el coraje de la fe, se transforma en apasionante aventura. Juan Pablo II, en un memorable discurso a los representantes de la Unión Católica de la Prensa Italiana y de la Asociación de la Prensa Extranjera de Roma, se refirió al coraje del respeto a la verdad como forma de una nueva identidad del periodista, tema del encuentro: “Se imponen grandes opciones. Pero se impone previamente una opción de fondo, que tenga presente el fin originario de un periodismo digno de este nombre: a saber, el servicio a la comunicación social, destinada a enriquecer el patrimonio cognoscitivo y formativo individual y a ofrecer a la comunidad un eficaz instrumento de crecimiento civil, espiritual y moral. El criterio base, al que está unida la solución de los distintos problemas que surgen, no puede ser más que el respeto a la verdad. Un respeto absoluto y total, al margen de todo equívoco, ajeno a todo sofisma. Unido en cambio a aquellas dotes humanas que forman la coro-

¹² L. Giussani (1986): “La conciencia religiosa en el hombre moderno”, *Encuentro*, Madrid, 79.

na natural de la verdad y tejen el precioso bagaje de la seriedad y de la probidad profesional”¹³.

A este respecto hay que acabar con las nuevas aporías, según el diccionario de la Real Academia de la Lengua, “dificultad lógica que presenta un problema especulativo”¹⁴, entre la vocación y la misión, la naturaleza y la gracia, que se manifiestan por algunos autores en forma de sofismas profesionales. En la medida en que se dé una coherencia entre la fe y la vida, entre el ser cristiano y el ser periodista, se establecerá el vínculo de compatibilidad de las partes. Uno es cristiano cuando desarrolla su vocación originaria, bautismal, en la especificidad de su vocación particular, familiar, profesional, social, política... El problema surge en el momento en que aparecen las esquizofrenias de la identidad, por ausencia de identidad, por negligencia identitaria o por abdicación de una identidad que se ha acomodado a los criterios del mundo, tanto en los terrenos cognoscitivos como en los morales, tanto en los cristianos como en las instituciones que llevan ese nombre.

Y ya que iniciamos esta breve intervención hablando de la contribución de la Historia a la identidad concluyamos con la referencia a lo que en la vida de nuestra Iglesia, en el siglo XX, ha sido una empresa cristiana y periodística de ineludible referencia: el pensamiento de don Ángel Herrera Oria y la Editorial Católica. No podemos por menos que recordar su tan famosa frase sobre lo que es y significa un diario católico, perfectamente aplicable por analogía a la persona del periodista: “Procuró la editorial ser siempre fiel al doble significado que tiene esta palabra. Unas veces se refiere a la verdad real u ontológica de las cosas. A la verdad intrínseca de las instituciones. A la fiel relación entre medios y fines. A reproducir, como si dijéramos, en cuanto dependa de nosotros, la ley eterna de vida que las cosas tienen en la mente divina y *aplicado esto a los periódicos, quiere decir que un diario debe ser fiel a lo que su*

¹³ E. Fiestas Lê-ngoc (1991): “Juan Pablo II y los medios de comunicación social”, EUNSA, Pamplona, p. 222.

¹⁴ Real Academia Española (1992. Vigésima primera edición): *Diccionario de la lengua española*, Espasa-Calpe, Madrid, p. 120.

*propia naturaleza exige. Ante todo, fidelidad al sustantivo periódico. Esto se refiere a su naturaleza; después, el título de católico tiene un valor adjetivo que se refiere a su carácter. El periódico no es una simple hoja impresa que se reparte todas las mañanas. Tiene como institución social sus fines específicos, y en tanto será un auténtico periódico en cuanto los sirva eficazmente*¹⁵. Así, la novela de un católico, nos diría también, no tiene porqué ser de tesis; el buen concejal no tiene que ir sólo a los plenos a defender la fe católica, y el artículo del periódico católico no tiene porqué ser exclusivamente apologético. “La última razón de extravío era, en muchos casos, un desconocimiento de hecho del valor propio del orden natural, que quedaba absorbido por el sobrenatural. Una extraña especie de liberalismo invertido. A la negación del orden sobrenatural o a la atenuación o disminución de los derechos de la Iglesia en la vida social y política se oponía una reducción de la naturaleza y la bondad sustantiva del orden natural”¹⁶.

Respetar el orden natural es condición del valor de la encarnación. Para el periodista cristiano significa un riesgo y una libertad. Vivir arraigado en la libertad verdadera; para ser libres nos liberó Cristo, que, como señala el cardenal Martini, *“es el verdadero desafío para cada uno de nosotros comunicadores: encontrar espacios de libertad, moderación y creatividad dentro de los papeles que se nos han asignado, en el cumplimiento de las responsabilidades que se nos han confiado. Algunas veces es más complicado, otras veces menos. En ciertos momentos escribir requiere grandes sacrificios de nuestra propia libertad personal. Puede ocurrir que los enemigos de nuestra capacidad expresiva y creadora no sean “el sistema”, “la oposición” o “nuestros superiores” y los medios –ásperos, persuasivos o turbios– que con frecuencia utilizan. Los enemigos más fuertes y más duros de vencer están dentro de nosotros mismos. Se llaman autocensura, conformismo y deseo de vivir tranquilamente y no tener problemas”*.

¹⁵ A. Herrera Oria (1963): Obras selectas de Mons. Ángel Herrera Oria (Edición de J. M. Sánchez de Muniain y J. L. Gutiérrez García), BAC, Madrid, p. 231.

¹⁶ Tomado de: J. M. García Escudero (1998): “De periodista a cardenal. Vida de Ángel Herrera”, BAC, Madrid, p. 54.

Quizá una última palabra sobre nuestra vocación cristiana de periodistas deba tener los tintes de una primera: la humildad. Nuestro trabajo tiene un destinatario, las más de las veces ausente, al que en vez de pedir perdón y su absolución, solemos condenar a las cavernas de nuestros propios intereses y obsesiones. La profesión periodística es muy poco humilde y los cantos de sirena del segundo o cuarto poder no nos hacen fácil el ejercicio de esta necesaria virtud. Quizá tengan que pasar los años para que seamos capaces de escribir lo que firmó otro gran periodista y cristiano y sacerdote, José Luis Martín Descalzo, a modo de rúbrica para un testamento vocacional:

“Henos aquí, pequeños aprendices de brujo, emprendiendo a diario una tarea más grande que nosotros, pidiendo a los lectores que no nos crean demasiado, que tengan un poco de piedad de esta tarea inhumana en la que un día –ambiciosos o ilusos– nos metimos. Henos aquí manejando con miedo esta arma terrible que puede estallar en las manos de nuestros hermanos; de esos hermanos a los que no conocemos, pero amamos. Henos aquí, lector, audaces y miedosos, vanidosos y tímidos, pero también seguros de que mañana, cuando nosotros leamos lo que ayer escribimos, descubriremos que en nuestras líneas no hubo bastante amor ni suficiente verdad. Sentiremos entonces una enorme vergüenza. Y, atados a este carro, volveremos mañana a nuestra mediocre lucha. No estará de más que, al menos una vez, te pidamos, desde estas páginas, perdón. Y, si es posible, un poco de piedad”¹⁷.

¹⁷ “ABC”, 2 de mayo de 1976.